

Historia y simbolismo del olfato, historia de las alucinaciones olfativas. J. L. Día.

PSICOPATOLOGÍA DESCRIPTIVA Y FENOMENOLOGÍA El “mito de la caverna” de Platón, conciencia del yo y conciencia de realidad . . Semiología de los trastornos de la percepción. Semiología y Psicopatología de las alucinaciones.

¿Por qué estudiar el olfato y sus alucinaciones a través de la historia?

El olfato es el sentido más antiguo, más emocional y simbólico del ser humano. A diferencia de la vista y el oído, que organizan el mundo exterior, **el olfato invade, conmueve y moraliza**: cada cultura ha leído en los olores la presencia de lo divino, la corrupción del cuerpo, la memoria íntima o el peligro invisible.

Por eso, las alucinaciones olfativas no son solo fenómenos sensoriales: **condensan la historia entera del significado del olor** —místico, demoníaco, corporal, afectivo y clínico. A través de los siglos, el olor ha sido signo de gracia, de pecado, de enfermedad, de muerte o de culpa. Estudiar su trayectoria histórica permite comprender por qué, en psiquiatría, **el paciente que huele “gas”, “cadáver” o “perfume celestial” está expresando algo más profundo que una simple percepción alterada**: está revelando un clima emocional ancestral, una atmósfera moral y una forma de estar-en-el-mundo que ha acompañado al ser humano desde sus orígenes.

En suma: **la historia del olor explica la psicopatología del olor.**

Sin esta perspectiva, las alucinaciones olfativas se quedan sin contexto; con ella, se revelan como un puente entre cultura, cuerpo, alma y delirio.

La primera alucinación olfativa de la historia

Probablemente, la primera alusión documentada a una alucinación olfativa —entendida no como metáfora literaria, sino como **experiencia perceptiva subjetiva de olor sin estímulo real**— aparece en los **textos sagrados y médicos de la Antigüedad**, en la frontera entre lo religioso y lo patológico.

♦ 1. Mundo antiguo: del humo sagrado al hedor infernal

En las tablillas **mesopotámicas** (III mil. a. C.), las crónicas describen a ciertos sacerdotes que *“aspiraban el olor de los demonios”* al entrar en estado de trance o enfermedad. El olor pestilente era signo de **posesión o contaminación espiritual**: los “lamassu” o espíritus

malignos se manifestaban “como olor a podredumbre”.

Se trata de las primeras descripciones de **percepciones olfativas asociadas al miedo o la culpa**.

En el mundo bíblico, el Libro de Job menciona “*el hedor de mi carne me repugna*” (Job 19, 17): experiencia olfativa subjetiva ligada a la desesperación.

Podría considerarse —si la leemos con mirada jaspersiana— una **alucinación olfativa melancólica primitiva**.

♦ 2. Grecia clásica: el olor del delirio

Hipócrates y **Areteo de Capadocia** (siglo I d. C.) anotaron casos de pacientes que decían *oler el interior enfermo de su cuerpo*; en ellos, el olor funcionaba como *prueba sensorial de corrupción moral o física*.

En los tratados sobre epilepsia, algunos enfermos referían “*olores a cobre o a carne quemada*” antes de perder la conciencia: lo que siglos después se llamaría **aura olfativa uncinada**.

Podemos considerar esto el primer registro médico de **alucinación olfativa paroxística**.

♦ 3. Edad Media y misticismo

En las visiones de **Santa Hildegarda de Bingen** (s. XII) y **Santa Catalina de Siena**, aparecen descripciones inequívocas de olores sobrenaturales:

“Perfume de luz”, “hedor del demonio que me persigue”, “fragancia celestial en la oración”.

Estas experiencias olfativas —agradables o pestilentes— eran interpretadas como **signos divinos o demoníacos**, pero fenomenológicamente cumplen todos los criterios de **alucinaciones olfativas con juicio de realidad alterado**.

Podríamos decir que la **primera alucinación olfativa “descripta” con claridad clínica** pertenece a esta tradición visionaria medieval: el olor percibido sin objeto, con certeza absoluta y carga emocional extrema.

♦ 4. Modernidad: la conciencia del olor como síntoma

El primer autor que la describe ya con lenguaje psiquiátrico es **Esquirol (1838)**, en *Des maladies mentales*, al hablar de los “*fous olfactifs*”, pacientes que “sienten olores de corrupción o perfumes divinos sin causa exterior”.

Desde él, el olor se convierte en **síntoma fenomenológico del delirio corporal**, anticipando las observaciones de Ey y Lhermitte.

<u>Época</u>	<u>Ejemplo / fuente</u>	<u>Tipo de olor</u>	<u>Significado</u>
Mesopotamia (III mil. a. C.)	“Olor de demonio” en exorcismos	Fétido, infernal	Contaminación espiritual
Biblia (Job 19, 17)	“El hedor de mi carne me repugna”	Autoolfativo	Melancolía / culpa
Grecia clásica	Aura olfativa epiléptica	Metálico, quemado	Fenómeno paroxístico
Edad Media (Hildegarda, Catalina)	Perfume divino / hedor demoníaco	Celestial / azufroso	Revelación mística
Esquirol (1838)	<i>Fous olfactifs</i>	Putrefacción / perfume	Síntoma psiquiátrico

“La primera alucinación olfativa fue un olor sin cuerpo, un mensaje del alma al aire.”
— J. L. Día Sahún

De los perfumes del alma a los olores del delirio

“El olor es el recuerdo más antiguo del cuerpo.”
— J. L. Día Sahún

El olfato fue, desde las civilizaciones arcaicas, **el sentido de la proximidad y de la intimidad corporal**.

A diferencia de la vista —distante, objetiva— o del oído —comunicativo—, el olfato **invade**; no mira ni escucha, **penetra**.

Por eso, en la historia del pensamiento y de la religión, el olor siempre se ha situado entre **lo divino y lo impuro**, entre **la santidad y la corrupción**.

♦ I. Los olores sagrados: del humo al espíritu

En las culturas mesopotámicas y egipcias, el incienso y las resinas aromáticas eran **mediadores entre la tierra y el cielo**.

El humo perfumado “subía” hacia los dioses: el olor era literalmente *oración material*.

En el Antiguo Testamento, Yahvé acepta los sacrificios por “el olor grato” (*odor suavitatis*).

En Grecia, el aroma de las ofrendas (θύος) era también una forma de *pneuma* divino: el alma exhalada.

Platón y los pitagóricos vinculaban el olfato a lo *ánimico*, al *alma respirada*.

En el cristianismo, el perfume se convierte en signo de **gracia y pureza espiritual**: los santos emiten *odor sanctitatis*, fragancia incorrupta.

El cuerpo del mártir huele a cielo; el cadáver del pecador, a azufre.
Desde el Génesis al Apocalipsis, el olor marca la frontera entre **vida y descomposición, cuerpo y espíritu**.

♦ II. El olor en la filosofía antigua y moderna

Aristóteles situó el olfato entre los sentidos “imperfectos”, porque depende de un medio corporal.

En cambio, **Lucrecio** y los atomistas lo concibieron como un flujo material de partículas, anticipando una visión casi científica del olor como emanación física.

Durante siglos, la jerarquía de los sentidos marginó el olfato: la vista y el oído eran nobles; el olfato, **bajo**, animal, cercano a la carne y la putrefacción.

En la Ilustración, **Kant** lo consideró “el más inútil y vergonzante de los sentidos”.

Pero el Romanticismo revirtió el juicio: **Baudelaire** proclamó en *Correspondances* que “*los perfumes, los colores y los sonidos se responden*” —una sinestesia universal.

El olor se elevó a símbolo del alma poética: “*El perfume es la voz del recuerdo*”.

Proust lo convirtió en puerta del tiempo interior: el aroma de la magdalena despierta una *resurrección del pasado*, una alucinación afectiva pura.

Y **Nietzsche** lo hizo signo de lucidez: “*Mi genio olfatea, mi nariz filosofa.*”

El olfato, despreciado por la razón, se convirtió en **órgano de la intuición dionisiaca**.

♦ III. Los olores del cuerpo y del alma

La medicina hipocrática ya asociaba el olor con los humores y la corrupción interna: cada enfermedad tenía su fragancia.

El psiquiatra del XIX heredó esta tradición: en la melancolía, el enfermo *cree oler su propia putrefacción*; en la manía, *huele el paraíso*.

La fenomenología moderna (Ey, Jaspers) reconoció que el olor no es sólo un dato físico, sino **una vivencia afectiva inmediata**: olor es emoción hecha aire.

De ahí que las **alucinaciones olfatorias** sean tan reveladoras del tono del alma:

- En la **melancolía**, huelen a muerte, excremento o azufre.
 - En la **manía mística**, a flores, incienso o erotismo celeste.
 - En la **esquizofrenia paranoide**, a gas, veneno, cuerpo en descomposición.
- El olor revela el contenido moral y existencial de la conciencia: cada uno huele su propio mundo interior.
-

♦ IV. El olfato y la memoria: una fenomenología del regreso

Mientras la visión delimita el espacio, el olfato **evoca el tiempo**.

No muestra, sino que **resucita**.

Una fragancia basta para que el pasado se haga presente con la fuerza de una alucinación: el olor es **memoria encarnada**.

La neurociencia ha confirmado lo que la fenomenología ya intuía: el bulbo olfatorio está ligado directamente al sistema límbico, sin mediación cortical; es decir, **el olor va directo al alma**.

Por eso, su vivencia es tan inmediata, tan visceral, tan cargada de emoción y sentido.

“Ver es conocer; oler es recordar.”

— J. L. Día Sahún

♦ V. Del perfume místico al olor patológico

El siglo XIX describió dos polos del delirio olfativo:

1. **El perfume sagrado** de las éxtasis religiosas —olor a lirios, rosas, incienso, santidad—.
2. **El hedor demoníaco o cadavérico** de la melancolía y la esquizofrenia —olor a azufre, carne, gas, excremento—.

Ambos, en el fondo, hablan de lo mismo: **la transformación del mundo sensorial en espejo del alma**.

Cuando la conciencia se eleva o se hunde, el aire mismo cambia de olor.

Fenomenológicamente, las alucinaciones olfativas son una de las formas más puras de *“percepción afectiva del mundo”*:

no se ve el objeto, se **lo siente en el aire**, se **lo respira como emoción**.

△ Síntesis histórica-fenomenológica del olor, el olfato.

<u>Época / cultura</u>	<u>Significado del olor</u>	<u>Ejemplo / símbolo</u>
Mesopotamia / Egipto	Comunicación con los dioses	Incienso, humo sagrado
Judaísmo / Cristianismo	Pureza / corrupción espiritual	Odor sanctitatis / olor del pecado
Grecia clásica	Pneuma, alma respirada	Aromas del sacrificio
Edad Media	Distinción moral: santo vs. demoníaco	Fragancia celestial / hedor infernal
Ilustración	Sentido inferior, animal	Kant, Diderot
Romanticismo	Puente de los sentidos	Baudelaire, sinestesias
Modernidad	Memoria y afecto	Proust, Nietzsche

<u>Época / cultura</u>	<u>Significado del olor</u>	<u>Ejemplo / símbolo</u>
Psiquiatría clásica	Síntoma de psicosis o éxtasis	Ey, Lhermitte, Jaspers

“El olor es el alma que se hace atmósfera.”

— J. L. Día Sahún

♦ VI. Olores místicos y demoníacos: el perfume de Dios y el hedor del Mal

“El alma huele: lo santo exhala aroma, lo culpable apesta.”

— J. L. Día Sahún

Desde los orígenes de la religión, el olor ha sido **una prueba de presencia invisible**. Antes de que existieran templos o ídolos, el humo perfumado era el signo tangible del vínculo con lo divino.

El incienso, la mirra o el nardo no solo eran ofrendas: eran **vehículos del alma**.

Oler a Dios equivalía a ser habitado por Él.

1. El perfume de la divinidad

En los textos bíblicos, Yahvé acepta las ofrendas “por su olor agradable” (*odor suavitatis*).

El perfume es la forma en que el sacrificio se **espiritualiza**: la carne se transforma en aroma, el cuerpo en nube ascendente.

San Pablo comparará la caridad con “buen olor de Cristo”.

En los monasterios medievales, los cuerpos incorruptos de los santos emanaban un **“perfume de santidad”**:

fragancia de flores, mirra o pan recién hecho, como si la gracia misma perfumara la carne.

“La santidad se olía antes de ser vista.”

En las hagiografías, los santos morían rodeados de aromas celestes:

Santa Teresa, Santa Liduvina o San Francisco de Asís exhalaban un olor “suave y alegre”.

El milagro consistía en **derogar la ley de la corrupción**: el cuerpo que no huele mal anuncia la inmortalidad.

La liturgia cristiana conservó ese gesto: el incienso purifica el aire del templo, eleva la oración, oculta la presencia del cuerpo y evoca el Espíritu.

Fenomenológicamente, el perfume sagrado representa la **transfiguración del cuerpo en símbolo**: lo material se hace invisible a través de la fragancia.

2. El olor del demonio y del pecado

Pero allí donde el perfume anuncia la gracia, el **hedor** denuncia la caída.

La tradición judeocristiana asoció el **azufre** con el infierno, el humo con la culpa, y el olor fétido con la **descomposición moral**.

Las visiones de santos y místicos hablan de “vapores pestilentes” al acercarse al pecado o al demonio.

En *La Divina Comedia*, Dante describe el infierno como **un aire pesado y nauseabundo** que corrompe incluso el pensamiento.

El azufre —materia mineral del fuego— se convirtió en **metáfora olfativa del castigo eterno**: sulfuro y podredumbre son los signos sensoriales del alma degradada.

El demonio “huele mal” porque **carece de espíritu**, y el olor no asciende: se estanca, se pudre.

“El infierno comienza cuando el aire ya no respira.”

— J. L. Día Sahún

La medicina barroca veía en el hedor un aviso del desorden corporal: la **putrefacción del alma** tenía su eco en los humores corrompidos.

En el siglo XIX, esta equivalencia se vuelve clínica: el melancólico cree oler su cuerpo podrido; el paranoide huele el azufre de sus perseguidores; el psicótico místico percibe fragancias divinas o pestilencias infernales.

3. El olor de la muerte y la descomposición

El olor del cadáver —mezcla de amoníaco, azufre y carne dulce en putrefacción— es quizá la experiencia sensorial más antigua del tabú.

El hombre primitivo aprendió el miedo y la compasión a través del olfato: **oler la muerte era conocerla**.

Por eso toda civilización inventó rituales de perfume: ungüentos, embalsamamiento, sahumerios. El olor debía **vencer al tiempo** y **domesticar la descomposición**.

En el campo clínico, este motivo reaparece en la **melancolía hipocondríaca**: el enfermo “huele” su propio cadáver.

Dice: “*Huelo a podrido; mis órganos se descomponen.*”

Es la vivencia olfativa de la **negación vital de sí mismo** (Cotard).

En el extremo opuesto, el místico en éxtasis siente “olor de rosas” en su boca o en el aire, signo de beatitud.

La frontera entre ambos mundos —putrefacción y perfume— es delgada: ambos son **modos de trascender el cuerpo**, por exceso o por negación.

El olor del cadáver y el perfume del santo son **las dos caras de la misma búsqueda de eternidad**.

4. Fenomenología del olor espiritual

Para la fenomenología de Jaspers y Ey, estas experiencias revelan **la tonalidad afectiva del campo de conciencia**: el olor traduce el clima del alma.

Cuando el mundo interior se descompone, el aire se infecta; cuando el espíritu se exalta, el aire se vuelve fragancia.

El olfato es el **sensor del ánimo**, el termómetro del ser.

“Lo divino huele a pureza; lo humano, a esfuerzo; lo demoníaco, a podredumbre.”

— J. L. Día Sahún

En la alucinación olfativa, el aire se moraliza: el paciente ya no huele moléculas, sino **significados**.

Cada aroma tiene una connotación simbólica, ética, cósmica.

El olor deviene lenguaje: mensaje del cuerpo a la conciencia.

△ Tabla de los olores sagrados y profanos

<u>Dominio</u>	<u>Tipo de olor</u>	<u>Significado simbólico</u>	<u>Ejemplos</u>
Divino / místico	Perfumes florales, incienso, mirra, nardo	Pureza, elevación espiritual, gracia	Odor sanctitatis, liturgia cristiana, éxtasis maníacos
Demoníaco / infernal	Azufre, humo, alquitrán, carne quemada	Culpa, condena, corrupción moral	Infierno dantesco, visiones de Ey y místicos
Corpóreo / mortal	Putrefacción, sangre, cadáver	Finitud, descomposición, melancolía	Cotard, melancolía hipocondríaca
Intermedio / humano	Sudor, tierra, vino, pan	Vitalidad, deseo, memoria	Erotismo, nostalgia, cotidianeidad

“Entre el perfume del santo y el hedor del cadáver se juega toda la historia espiritual del olfato humano.”

— J. L. Día Sahún

Dimensión cultural comparada del olor

De las fragancias del alma a los miasmas del mundo

“Cada cultura respira su propio cielo.”

— J. L. Día Sahún

El olfato no es universal: **cada civilización ha interpretado los olores según su cosmología y su moral.**

El perfume y el hedor han servido para marcar jerarquías, purezas, prohibiciones y formas de comunión con lo invisible.

Lo que para unos es sagrado, para otros resulta insoportable.

La fenomenología del olor es, también, una antropología del alma.

1. El Islam y el perfume del Paraíso

En la tradición islámica, **el perfume es un atributo divino.**

El Profeta Muhammad afirmó: *“Tres cosas amo del mundo: las mujeres, el perfume y la oración.”*

El Paraíso descrito en el **Corán** está impregnado de **“fragancia de almizcle”**, y el alma justa exhala aroma dulce al morir, mientras la del impío desprende hedor.

Los rituales del *‘itr* (aceites perfumados) y del incienso en la oración son una **fenomenología de la purificación del aire**, donde el olor reemplaza a la imagen: no se ve a Dios, se lo **inhala**. Fenomenológicamente, el Islam identifica el olor con la **presencia del espíritu invisible**.

2. El Oriente extremo: pureza, transitoriedad y vacío

En **India**, el olor define la *samskara* (impresión kármica) del ser: las ofrendas aromáticas, el sándalo o la flor de loto son **vehículos del alma hacia la divinidad**.

El hedor, por el contrario, indica impureza y sufrimiento.

La doctrina ayurvédica asocia cada olor a un *dosha* corporal; los desequilibrios olfativos son enfermedades del alma.

En **China**, el olfato fue símbolo de equilibrio vital (*qi*): el incienso taoísta armoniza cielo y tierra.

Los tratados de estética Song afirman: *“El sabio respira la montaña; su olor lo alimenta.”*

En **Japón**, el arte del *kōdō* —“camino del incienso”— convierte el acto de oler en meditación: **el perfume no se posee, se escucha**.

El olfato se hace silencio; la fragancia, contemplación.

3. América precolombina: el olor del cosmos

En las civilizaciones **maya y mexica**, el incienso (*copal*) era la **sangre del cielo**: su humo llevaba las oraciones a los dioses solares.

El olor del sacrificio (sangre, fuego, resina) simbolizaba el equilibrio entre muerte y regeneración.

Los sacerdotes se ungían con mezclas de cacao, flores y copal antes de la ceremonia: el cuerpo debía **“olerse” a divinidad** para ser vehículo del cosmos.

En los Andes, los pueblos quechuas asocian todavía hoy el olor del viento (*wayra*) con la **presencia de los antepasados**; el aire que huele a tierra recién abierta es alma que regresa.

4. África y los olores de la identidad

En muchas culturas africanas, el olor **define la persona**.

No hay identidad sin aroma: el olor del cuerpo, de la casa, de la tierra natal.

El perfume corporal no se enmascara, se celebra: *“olerse bien es ser alguien.”*

El hedor, en cambio, es signo de brujería o de espíritu maligno.

En algunos ritos bantúes, el iniciado debe reconocer a los ancestros “por su olor”.

Así, el olfato se convierte en **órgano de parentesco espiritual**, no solo biológico.

5. Europa moderna: del miasma al artificio

Con la peste y la urbanización, Europa desarrolló una **olfatofobia**: el mal olor se asoció con la miseria y la enfermedad.

El siglo XVIII inventó los **miasmas**, vapores pestilentes que transmitían el mal moral y físico.

La burguesía respondió con la obsesión por el perfume y la desodorización: **nace la modernidad higiénica y represiva del cuerpo**.

El hedor del pueblo es también el miedo al desorden social.

El Romanticismo y el decadentismo recuperan el perfume como arte y delirio.

Huysmans, en *À rebours*, hace del olor una sinfonía erótica y metafísica.

Rabelais lo había convertido en materia cómica: *“El alma sale por la nariz.”*

Süskind, en *El perfume*, lo lleva al paroxismo: el asesino Grenouille busca la **esencia absoluta del olor humano**, la fragancia que otorga poder divino.

Allí el olor deja de ser moral y se convierte en **ontología pura**: quien domina el olor domina el ser.

6. Fenomenología intercultural del olor

En todas las culturas, el olor cumple las mismas funciones simbólicas:

- **Purificar o contaminar** el alma.
- **Conectar** el mundo visible con el invisible.

- **Revelar** el estado moral o espiritual del sujeto.
Pero cada una lo inscribe en su propio horizonte de sentido.

“Occidente mira para creer; Oriente huele para saber.”
— J. L. Día Sahún

△ Tabla comparada de significados culturales del olor

<u>Cultura / Tradición</u>	<u>Tipo de olor</u>	<u>Significado espiritual</u>	<u>Fenomenología dominante</u>
Islam	Almizcle, ámbar, rosa	Presencia divina, pureza interior	Trascendencia por el aire
India / Hinduismo	Sándalo, loto	Karma, equilibrio cósmico	Olor como vibración del alma
China / Japón	Incienso, té, madera	Armonía, serenidad	Meditación olfativa (<i>kōdō</i>)
América precolombina	Copal, cacao, sangre	Comunicación con los dioses solares	Olor como puente con los muertos
África tradicional	Cuerpo, tierra, humo	Identidad, pertenencia ancestral	Olor como parentesco espiritual
Europa moderna	Perfume artificial, miasma	Control, civilización, deseo	Olor reprimido o estetizado

“El olor es la respiración cultural del alma humana. Lo que huele en una civilización revela lo que teme o ama.”
— J. L. Día Sahún

VIII. Del olor simbólico al olor alucinado

Fenomenología del aire interior

“El aire que respiramos es también el aire que pensamos.”
— J. L. Día Sahún

El largo recorrido histórico de los olores —del incienso sagrado al gas paranoide— revela una verdad constante: **el olfato es la frontera entre el cuerpo y el alma.**
Es el sentido más íntimo y menos controlable, el más cercano a la vida vegetativa, pero también el más cargado de símbolos.
Por eso, cuando se altera, **no se altera un sentido: se altera la presencia misma en el mundo.**

♦ 1. Del símbolo al síntoma

El olor, en su origen, fue **lenguaje del espíritu**: mediador con los dioses, signo de pureza o de corrupción.

Cuando el simbolismo religioso se desvanece, ese mismo lenguaje persiste en el inconsciente cultural: el enfermo moderno **sigue interpretando el olor en clave moral y metafísica**.

Así, el melancólico que afirma “*huelo a podrido*” reactualiza la vieja teología del pecado; el maníaco extático que siente “*perfumes celestiales*” revive la mística del *odor sanctitatis*; el paranoide que percibe “*gas tóxico*” hereda el miedo barroco a los miasmas y envenenamientos.

Fenomenológicamente, la alucinación olfativa **prolonga la historia simbólica del olor**: lo que antes fue mito, ahora es vivencia.

♦ 2. El olfato como afecto puro

A diferencia de la vista o el oído, el olfato **no representa: conmueve**.

Su vía neural desemboca directamente en el sistema límbico —núcleo de la emoción— sin pasar por la corteza racional.

Por eso, **todo olor es afecto inmediato**, y toda alucinación olfativa es un **estado del alma encarnado en el aire**.

Jaspers lo insinuaba:

“En la alucinación olfativa, el sujeto no percibe un objeto, sino su propio ánimo hecho atmósfera.”

El paciente no “oye” ni “ve” el mundo, sino que **lo respira**: el aire se vuelve portador de amenaza, culpa, erotismo o éxtasis.

El olor alucinado es un clima existencial.

♦ 3. Neurofenomenología del aire

El **bulbo olfatorio**, puerta directa al hipocampo y la amígdala, actúa como traductor entre memoria, emoción y percepción.

Toda evocación olfativa resucita una escena afectiva: un olor no se recuerda, **se revive**.

Cuando el equilibrio entre memoria y presente se rompe, **el cerebro proyecta olores sin estímulo**, reconstruyendo un mundo invisible.

Así se comprenden las **aurae olfativas epilépticas**, los episodios de *déjà-smell*, o las alucinaciones por privación sensorial:

el sistema olfativo, privado de objeto, **invoca su propio recuerdo** para sostener la continuidad del yo.

♦ 4. Del cuerpo al cosmos: moral del olor

En toda cultura, el olor del cuerpo es también **el olor del alma**.

Cuando la persona dice “*desprendo mal olor*”, no expresa un simple temor físico: traduce el sentimiento de **culpa corporalizada**, la convicción de que el mal interior se exhala. Por el contrario, los perfumes alucinados de las crisis maníacas o místicas expresan **una sobreabundancia del yo**, un desbordamiento vital que se difunde en el aire.

El olor, entonces, se convierte en **metáfora sensorial de la identidad**: el yo se siente existir porque huele —para bien o para mal—.

♦ 5. La alucinación olfativa como ruptura del mundo

Toda alucinación implica una fisura en la relación sujeto-mundo.

En el caso del olfato, la ruptura es **atmosférica**: el aire, mediador de la vida, se vuelve enemigo o delirio.

El paciente ya no comparte la respiración común; su aire es otro.

Fenomenológicamente, esta experiencia representa una **pérdida radical de la intersubjetividad**:

el olor alucinado **separa** al enfermo del resto del mundo, lo aísla en su atmósfera privada.

El mundo deja de ser neutro: huele a peligro, a divinidad, a culpa o a deseo.

El olfato es entonces **el último bastión del yo corporal**, el último sentido que se aferra a la existencia cuando los otros fallan.

♦ 6. Delirio y estética del olor

En su dimensión más profunda, el olor alucinado se sitúa entre el arte y la locura.

El *Grenouille* de **Süskind** busca el olor absoluto —la esencia del ser— y acaba en el delirio asesino;

el enfermo melancólico olfatea su propia muerte y la contempla como verdad ontológica.

Ambos encarnan la misma pregunta:

¿qué es el hombre sino un ser que huele su destino?

El arte, la religión y la locura comparten esta intuición olfativa del mundo: que el alma no solo piensa o ve, sino que **exhala**.

△ Síntesis fenomenológica del tránsito del olor

<u>Nivel</u>	<u>Función del olor</u>	<u>Estado de conciencia</u>	<u>Ejemplo / Autor</u>
Simbólico-religioso	Mediador con lo divino	Participación mística	Incienso, odor sanctitatis
Moral-antropológico	Signo de pureza o pecado	Identidad cultural	Azufre, hedor del pecado
Afectivo-emocional	Expresión inmediata del ánimo	Sentimiento corporalizado	“Huelo a muerte” (melancolía)
Neuropsicológico	Evocación y memoria límbica	Imagen sensorial revivida	Aura epiléptica, anosmia compensada
Fenomenológico-clínico	Ruptura del mundo común	Alucinación, delirio olfativo	Cotard, paranoia olfatoria
Estético-existencial	Búsqueda de la esencia	Creación / delirio	Süskind, Dostoievski olfativo

“El olor es el aire del alma: cuando el alma se enferma, el aire se puebla de fantasmas.”
— J. L. Día Sahún

El olor como destino de la conciencia

“El olor no se ve ni se escucha: se encarna.”
— J. L. Día Sahún

A lo largo de la historia humana, el olor ha sido *punte* y *abismo*: signo de lo divino, advertencia de la corrupción, memoria involuntaria, perfume del alma o atmósfera del delirio. Ningún otro sentido ha oscilado tanto entre lo sagrado y lo siniestro.

Desde los vapores que anunciaban la presencia de los dioses en Mesopotamia, hasta las fragancias celestes de las místicas medievales; desde el azufre del demonio hasta la magdalena de Proust; del perfume del Paraíso en el Islam al copal solar de los mayas; del miasma de la peste al gas paranoide del psicótico moderno: **la historia del olor es la historia de la interpretación humana del mundo invisible.**

La psiquiatría heredó este linaje cultural y lo transformó en síntoma:
el melancólico huele su propia descomposición;
el esquizofrénico percibe gas, veneno o cuerpos quemados;
el maníaco místico respira rosas imposibles;
el epiléptico experimenta el aura uncinada como un olor que antecede a la caída del yo.

Fenomenológicamente, la alucinación olfativa es la forma más íntima de ruptura del mundo: no altera un objeto, altera el *aire*; no hiere la vista, sino la respiración misma.

Es la atmósfera del alma convertida en percepción.

Quizá por eso, entre todos los fenómenos perceptivos psicopatológicos, las alucinaciones olfativas conservan un carácter arcaico, casi mítico:

el olor alucinado no describe un mundo: lo crea.

Y en ese mundo, el paciente respira su propio destino: olor a culpa, a muerte, a deseo o a divinidad.

En última instancia, toda la historia del olfato —religiosa, filosófica y clínica— confirma una intuición profunda: **que el ser humano no solo es un cuerpo que huele, sino un alma que exhala.**

Historia cultural del olor + alucinaciones olfativas

1. Textos clásicos (antigüedad – renacimiento)

- **Hildegarda de Bingen** – *Scivias* (1151).
Descripciones de olores místicos, fragancias celestes, hedor demoníaco.
- **Santa Catalina de Siena** – *Diálogos*.
El olor como signo de gracia o corrupción espiritual.
- **La Biblia** – Libro de Job; Pentateuco (“olor grato a Yahvé”); Apocalipsis (azufre).
- **Dante Alighieri** – *Divina Comedia*.
Olores infernales, atmósferas nauseabundas, simbolismo moral del olor.
- **Hipócrates / Areteo de Capadocia** – fragmentos sobre epilepsia y aura olfativa.

2. Historia del olfato y cultura del perfume

En estudios de referencia (no psiquiátricos, pero fundamentales para nuestro marco histórico):

- **Alain Corbin** – *Le miasme et la jonquille* (1982).
Obra clave sobre la historia social del olor, miasmas, perfume, higiene.
- **Classen, Howes & Synnott** – *Aroma: The Cultural History of Smell* (1994).
Excelente análisis comparado: África, Oriente, Occidente.
- **Jonathan Reinartz** – *Past Scents: A Cultural History of Smell* (2014).
- **Constance Classen** – *The Deepest Sense: A Cultural History of Touch and Smell* (2012).

3. Psiquiatría clásica: descripciones de alucinaciones olfativas

Los autores que introducen, sistematizan o describen de forma canónica el fenómeno:

- **Esquirol, J.-E.** – *Des maladies mentales* (1838).
Primera gran descripción clínica del “fou olfactif”.
- **Kraepelin, E.** – *Psychiatrie* (varias ediciones, 1893–1927).
Delirios corporales, alucinaciones olfativas en psicosis y melancolía.
- **Bleuler, E.** – *Lehrbuch der Psychiatrie* (1916).
Olores autoolfativos, culpa corporalizada, esquizofrenia.
- **Clérambault, G. de** – *Automatisme mental* (1909–1920).
Vivencias olfativas de influencia; olores proyectados.

- **Lhermitte, J.** – *Les hallucinations* (1951).
Análisis fenomenológico riguroso; olor en delirios orgánicos.
 - **Henry Ey** – *Traité des hallucinations* (1973).
Fundamento fenomenológico; olor como clima afectivo.
-

4. Fenomenología y psicopatología

- **Jaspers, K.** – *Allgemeine Psychopathologie* (1913).
Descripción fenomenológica de alucinaciones olfatorias: “atmósferas afectivas”.
 - **Minkowski, E.** – *Le temps vécu* (1933).
Olor como parte del “clima vital” alterado.
 - **Binswanger, L.** – *Über Ideenflucht, Schizophrenie*.
Olor y atmósfera existencial.
 - **Sass, L. & Parnas, J.** – textos sobre ipseidad, hiperreflexividad y percepción alterada del yo (2003–2016).
-

5. Neurología clásica (aura olfativa, lóbulo temporal)

- **Unverricht, H.** (1890s). Primeras descripciones de aura olfativa epiléptica.
 - **Jackson, J. Hughlings** – textos sobre epilepsia y alteraciones sensoriales.
 - **Penfield, W.** – *The Excitable Cortex* (1958).
Inducción quirúrgica de olores al estimular uncus y amígdala.
-

6. Literatura esencial (historia y fenomenología del olor)

No clínicos, pero imprescindibles para nuestro marco cultural:

- **Charles Baudelaire** – *Correspondances* (1857).
- **Marcel Proust** – *À la recherche du temps perdu*
El olor como memoria afectiva involuntaria.
- **Patrick Süskind** – *Das Parfum* (1985).
Metáfora radical del olor como esencia del ser.
-

Correspondencia autor:

Dr. JL. Día Sahún. Chusé

Psiquiatra. jldiasahun@gmail.com

